

**DÍAZ BLANCO, José Manuel. *El Norte de la Contratación y la tradición veitiana*. Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla y Diputación de Sevilla, 2024.**

A comienzos de su madurez científica, José Manuel Díaz Blanco (Sevilla, 1981) no ha perdido, sin embargo, ni un gramo de la curiosidad de un niño ni del entusiasmo de un joven. Los años de aprendizaje en los archivos, las bibliotecas, en el contraste de ideas que es la docencia, en la soledad de telar... le han proporcionado una solidez historiográfica que solo atempera levemente su vitalidad contagiosa. Con este tercer libro y cerca de 100 artículos publicados, de pocos historiadores españoles puede decirse que, a su edad y en nuestros días, tengan tanta experiencia en lidiar con el pasado y su desentrañamiento. El libro objeto de nuestra reseña —todavía crujiente, casi salido del horno— es una obra redonda, escrita con prosa fluida, tersa, que aparta de sí los espinosos entuertos por los que a veces se conduce la narración histórica; un libro tan bien documentado, que allí donde esperaríamos una cita bibliográfica, aparece una referencia de archivo. Apto —y aconsejable— tanto para especialistas en el mundo de la Carrera de Indias, de la historia intelectual del Siglo de Oro hispánico, como para quien se inicie en tales exquisiteces. En muchos sentidos, el historiador aprendiz tiene en sus manos — además— un manual *sui generis* sobre el funcionamiento de varias instituciones de la Monarquía Católica, todas aquellas en las que sirvió el otro protagonista de la reseña: José Veitia Linaje (1623-1688), cuya obra, *Norte de la Contratación de las Indias* (Sevilla, imprenta de Juan Francisco de Blas, 1672), es la verdadera razón de ser del libro de José Manuel Díaz Blanco. No ha pretendido elaborar una biografía de Veitia —aunque sin duda lo ha conseguido—, sino de las circunstancias *ab ovo* de ese monumento jurídico, historiográfico y literario que fue el *Norte de la Contratación*, «el mejor vínculo entre [el] periodo cumbre de la cultura española y el fenómeno contemporáneo de la Carrera de Indias» (p. 15).<sup>1</sup> Según Díaz Blanco, «esta peculiaridad es única, infinitamente

---

<sup>1</sup> Las páginas situadas entre paréntesis se corresponden con la paginación del libro de José Manuel Blanco Díaz. Asimismo, salvo que se indique lo contrario, todos los autores y estudios que se mencionen han sido

valiosa, y merecer ser reivindicada» p. 15). Así lo sentimos y, por ello, ambos libros —el de Veitia y el de nuestro reseñado— resultan ineludibles. Tras un prefacio breve, con algún párrafo de lectura deliciosa, en que se señalan los intereses y trayectorias oscilantes que configuran cualquier esfuerzo del intelecto, el libro se organiza en siete capítulos, un epílogo recopilatorio y de despedida, un breve apéndice documental y dos apartados pormenorizados de fuentes primarias y secundarias citadas en el texto, es decir, efectivamente empleadas.

El capítulo primero es el lienzo, el escenario sobre el que transcurren la vida de José Veitia Linaje y la obra que lo hará inmortal, el *Norte de la Contratación de las Indias*. Y es triple: un mundo *primerglobalizado* en que los acontecimientos y circunstancias lejanas afectan a un lugar como Sevilla, como la Península Ibérica, como la Monarquía Católica, algunos de cuyos hombres y mujeres han sido agentes de este proceso globalizador. De «mundialización ibérica» habla Gruzinski, como señala el propio Díaz Blanco; y, paradójicamente, autores como Flynn y Giráldez orillan, frente al mundo chino, lo directamente vinculado a la navegación y comercio castellanos, o, por extensión, europeos. La pregunta que lanza José Manuel Díaz debería poner a trabajar a muchos historiadores: «¿Cómo van a ser las rutas europeas, todo al mismo tiempo, las causas principales de la Globalización, pero elementos secundarios de su funcionamiento?» (p. 23). En esta primera capa del lienzo destaca la Carrera de Indias, cuyas características básicas se subrayan en un puñado de páginas, con especial atención al tiempo adulto de Veitia, la segunda mitad del siglo XVII. El plano intermedio lo constituye la Monarquía Hispánica, enorme complejo poliédrico de carácter institucional, burocrático, aunado por fidelidades y, a la vez, con intereses particulares que restallan las costuras de lo normativo, del bien común, del servicio a Dios y al Rey. Díaz Blanco no soslaya la noción de decadencia, hoy puesta en entredicho por algunos autores —de resiliencia, por ejemplo, nos habla últimamente Christopher Storrs<sup>2</sup>— y centra sus explicaciones en

---

analizados en la obra reseñada. Podríamos complementar el texto con notas *ad infinitum*, pero ello le daría a nuestras intenciones una naturaleza distinta a la del comentario, y no es el caso.

<sup>2</sup> Llama la atención que el título del libro de Christopher Storrs, *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press, 2006, se haya traducido por *La resistencia de la Monarquía Hispánica, 1665-1700*. Madrid: Actas, 2013. Una buena crítica a esta obra se contiene en la

varios aspectos de la gestión de la Carrera de Indias dentro de la Monarquía, donde la representación real y la mercantil fraguan en realidades imbricadas por lo que toca a directrices políticas, organización naval, impartición de justicia y transferencias fiscales. Por último, la capa superficial del lienzo es la propia Sevilla en que vive José Veitia, urbe que ha ido perdiendo tono comercial, marítimo, que sufre epidemias y revueltas, pero donde todavía puede oírse el latido del mundo a través, principalmente, de la Bahía gaditana. La Sevilla de la Crisis —en parte literaturizada por las instituciones hispalenses en su pugna mercantil con Cádiz— no debe hacernos olvidar que, en los días de Veitia, transita por su cénit espiritual, artístico, literario, incluso intelectual, y que de este ambiente se nutre el propio Veitia Linaje.

Con la incógnita de cómo sería el retrato de Veitia que pintó Bartolomé Esteban Murillo, comienza el capítulo segundo, el más biográfico de todos. Bungalés, hijo una familia relativamente humilde perteneciente a ese estrato sutil que fue la digna hidalguía norteña, José Veitia Linaje (bautizado en Burgos el 12 de enero de 1623) ejerce como sirviente fiel desde niño: paje del canónigo en Burgos Bartolomé de Castro; criado de un sobrino de este, Antonio Fernández de Castro; con solo 18 años, ya en Sevilla, se emplea en casa de Juan Alonso de Castro, donde lo encuentra en 1644 el consejero de Hacienda Jerónimo de San Vitores, integrante —nos dice Díaz Blanco— «de esa constelación de estadistas que echaron sobre sus hombros el peso de la Monarquía durante el siglo XVII» (p. 61). Este vínculo con San Vitores fue decisivo para nuestro personaje, y prueba de la importancia que tiene la posesión de capital social en la trayectoria de cualquiera. La red burgalesa —muy activa en la Baja Andalucía y, también, en la Corte— protegió a Veitia siempre que hubo ocasión, entre otros motivos porque nunca falló en las comisiones que se le encomendaron. Autodidacta, Veitia muestra una extrema diligencia en todo aquello que emprende. Quizá porque no estaba tan clara la nobleza de sus orígenes, hizo del ascenso social calculado la enseña de su vida. No podría llegar a la cumbre, pero sí dejar bien establecido su nombre, su memoria. En una coyuntura donde la venalidad de los cargos de la administración real era un obstáculo difícilmente salvable para gente de

---

reseña de Antonio Álvarez-Ossorio, publicada en *Hispania*, vol. LXIX, n.º 232, mayo-agosto (Madrid, 2009), pp. 587-591.

pocos posibles, los buenos contactos de Veitia le allanaron el camino hasta la Casa de la Contratación, donde ejerció como oficial mayor en la Tesorería de la Casa, contador de la Avería y, finalmente, en 1659, no sin dificultades, como juez oficial tesorero, cargo que al decir de unos de los protectores de Veitia —el conde de Villaumbrosa— requería «inteligencia, fidelidad y caudal considerable para las fianzas y el riesgo que tiene su ejercicio». En todas sus ocupaciones, Veitia cumplió con creces. Su *cursus honorum* le sirve a José Manuel Díaz para explicarnos de modo sumario, aunque esclarecedor, algunos de los intrínquilis contables de la Casa, así como de la escrupulosa rendición de cuentas que siempre logró mostrar Veitia. Esta experiencia como Tesorero, que incluía latosas y aleccionadoras estancias en Sanlúcar y Cádiz para el despacho de las flotas y Galeones, es la base sobre la que se afirma la solidez argumentativa y documental de su *Norte de la Contratación*. Tenía acceso a papeles, viejos y modernos, afán de estudiarlos y un contraste directo con la realidad que lo alejaba de ensoñaciones teóricas: lo normativo y lo positivo se aúnan en su obra.

El desenvolvimiento social de Veitia —con perdón de Schumpeter— constituye un caso representativo de lo que podía dar de sí la movilidad de cierta clase de personas en la sociedad castellana del tercer cuarto de Seiscientos. El dinero era un buen labrador de destinos, pero, como afirma Díaz Blanco, «había otras cartas en la baraja» (p. 95) y, finalmente, el crédito social a la mano era el mayor tesoro para el ascenso. A Veitia no le faltó y, así, con mucha peor cuna que servicios —al rey y a sus deudos—, logró alcanzar parte de sus anhelos nobiliarios. En Sevilla, se rodeó de personas prestigiosas, muchas veces ligadas al ámbito burgalés. Formó parte de hermandades y capillas, en las que llegó a ocupar cargos de gobierno: la hermandad de la Veracruz, la Caridad, las capillas de Nuestra Señora de la Purificación —«que vulgarmente se dice de los burgaleses» (p. 98)— y de Nuestra Señora de la Piedad, repletas de cónsules y priores del Consulado de cargadores a Indias, otros ministros de la Contratación y mercaderes de plata.

Ni Veitia ni su *Norte de la Contratación* se sustrajeron al entorno librario en que estaban imbuidos. El capítulo tercero se dedica a esclarecer estas deudas e influencias intelectuales. Más allá de la adscripción del *Norte* a lo que Díaz Blanco —con acierto— denomina «literatura oficial indiana» (p.116), estamos ante un mundo de bibliotecas

privadas, de bibliófilos, de obras jurídicas, históricas... que catalizan la pasión literaria de Veitia y empapan su obra. El apartado «Las librerías de Sevilla: lecturas, diálogos, ensoñaciones», por sí mismo salvaría a todo el estudio de Díaz Blanco en caso de un escrutinio severo. Se pasean por estas páginas ilustres desconocidos para quienes no estén en el trajín de la historia cultural de la Monarquía Católica: el criollo neogranadino Juan Pérez de Guzmán; don Pedro Núñez de Guzmán —conde de Villaumbrosa—, verdadero Aby Warburg del Seiscientos hispano y mentor de Veitia en tantas empresas, incluida la formación de una muy digna biblioteca personal. Reconstruye Díaz Blanco las fuentes bibliográficas del *Norte*, desde autores clásicos y patrísticos hasta cartógrafos flamencos y holandeses (Ortelius, Braun, Laet), pasando por los cronistas de Indias (Cieza, Herrera, Acosta, Ercilla, el Inca o López de Gómara). Sus predilectos son Hevia Bolaños, Gaspar de Escalona, y ninguno más querido que Solórzano Pereira y la *Política indiana*. Aparte de literatura, el *Norte* se alimenta de códigos legales, como las ordenanzas de la Casa de la Contratación, el *Cedulario* de Encinas y los *Sumarios* de Aguiar y Pinelo que, luego, serían la base literal de la *Recopilación de Leyes de Indias*. Muy importante resulta una apreciación de Díaz Blanco: Veitia heredó la dualidad entre contratación y navegación que planteaban las ordenanzas de la Casa (p. 145). Todavía en el año 2000 mantenía Michel Morineau esa visión analítica de la Carrera de Indias:<sup>3</sup> la sombra de Veitia es alargada.

El *Norte de la Contratación* de Veitia fue, en rigor, la primera investigación elaborada a partir de los documentos custodiados en el archivo de la Casa de la Contratación. El cuarto capítulo, «El secreto de los archivos», constituye un ejercicio de una de las variantes de metahistoria, la metainvestigación. Las páginas son una advertencia contra el anacronismo en que puede caer el historiador actual cuando reflexiona acerca de los testimonios disponibles para su consulta. Quizá tendemos a pensar que el acervo documental que hoy nos sirve para hurgar en el pasado es el mismo que tuvo a la vista, por ejemplo, el propio Veitia, con el descuento de aquellos que hayan desaparecido consecuencia de los avatares del tiempo. Sin embargo, la fuente primaria de

---

<sup>3</sup> Michel Morineau, «Revoir Séville. Le Guadalquivir, l'Atlantique et l'Amérique au XVI<sup>e</sup> siècle», *Anuario de Estudios Americanos*, tomo LVII-1 (Sevilla, 2000), pp. 277-293.

Veitia no es el Archivo General de Indias, que no se crea hasta 1785. Ni siquiera los papeles de la Casa son exactamente aquellos que luego aparecerán en el *Inventario Analítico* de Ceán Bermúdez y sus sucesores, ni están organizados de la misma manera. El archivo de la Casa de la Contratación ostenta, en época de Veitia, un carácter de oficina y muchos de sus libros y expedientes son secretos, es decir, al alcance de solo un puñado de oficiales. Como en otras partes del libro, Díaz Blanco aprovecha para ilustrarnos sobre el laberinto administrativo-archivístico de la Casa de la Contratación en el siglo XVII: la accesibilidad limitada de según qué secciones, su distinta denominación, qué se conserva de aquellos fondos y el significado de las notas al margen que aparecen en el *Norte*.

El proceso de escritura y aprobación del *Norte*, así como su «sentido textual» es la materia del capítulo quinto. Díaz Blanco calcula que Veitia empleó al menos once años de su vida al libro (1660-1671), y que nunca dudó de su utilidad para el buen gobierno de la Carrera de Indias. El pragmatismo de Veitia —tanto social como intelectual— lo lleva a ofrecer el *Norte* al Consejo de Indias, donde no le faltan respaldos. El elegido para el informe preliminar, el licenciado Tomás de Valdés, emite un veredicto sobre el manuscrito de Veitia que no puede ser más elogioso: «con dificultad podrá errar el que se valiere de sus noticias y documentos» (p. 203). Díaz Blanco vuelve a guiarnos por los vericuetos que debía recorrer un libro hasta salir de imprenta. Veitia no solo obtiene censuras favorables, sino incluso financiación en forma de un privilegio para que una nao de 250 toneladas pueda integrarse en alguna de las flotas de la Carrera. Tras una breve disertación sobre la estructura del libro, Díaz Blanco nos ilumina sobre el simbolismo de la portada del *Norte*, obra del presbítero y grabador Marcos de Orozco. El ensamblaje de motivos resulta «una exaltación de la Carrera de Indias como elemento de sustentación de la Monarquía Hispánica» (p. 223). El *Norte* supone, además, una muestra de «patriotismo institucional» —esa es la expresión que emplea Díaz Blanco (p. 229)—: la Casa de la Contratación, otorgadora de esplendor a Sevilla; Sevilla, gloria de la Monarquía. Para Veitia, el resto de instituciones indianas se le antojan secundarias, incluido el Consejo de Indias, «que apenas aparece en un lejano telón de fondo» (p. 234).

No obstante el intenso sevillanismo que impregna al *Norte de la Contratación*, Veitia Linaje conoce de sobra que servir en la corte de Madrid supone una mejora en su

estatus. El capítulo sexto lo dedica José Manuel Díaz Blanco a estudiar la etapa madrileña de Veitia, que abarca la última década de su vida (1677-1688). Gracias de nuevo a sus apoyos reticulares, obtiene la secretaría del negociado de Nueva España, oficio que ejerce durante un lustro. Díaz Blanco, en un ejemplo de descripción densa geertziana, nos expone el funcionamiento del Consejo de Indias más allá de lo que nos había mostrado Ernst Schäfer tantas décadas atrás. Desempeñarse como secretario puede parecernos oscuro, rutinario, agotador y, sin embargo, Díaz Blanco logra concienciarlos de la importancia del empleo y cómo, incluso, vemos reflejada su labor en las anotaciones marginales de los documentos en que ha intermediado Veitia. Tras su papel en el nacimiento de la Recopilación de Indias de 1680, consigue ejercer desde abril de 1682 como secretario del Despacho Universal —con título de Secretario de Estado— y, a partir de octubre como consejero de Indias: valía personal y palancas cortesanas lo alzan a lo más alto que puede aspirar. La posición resulta, empero, inestable, dependiente de la que mantengan sus protectores, el más importante de los cuales, don Juan Francisco de la Cerda, duque de Medinaceli, cae en desgracia en abril de 1685; al poco lo van haciendo sus hechuras, entre los que se cuenta el propio Veitia. Aunque oficialmente la maquinaria es vaporosa y alude a una petición del afectado («que su falta de salud no le permite continuar en el trabajo...» [p. 292]), nadie se llama a engaño: se trata de un retiro obligatorio que ni siquiera una amistad con el nuevo presidente de Indias, el VI marqués de los Vélez, puede revocar. Si bien continúa como consejero tres años más, sus actuaciones —como sus fuerzas— se van apagando. El 20 de julio de 1688 muere José Veitia Linaje —el «padre de los comercios» (p. 297), según lo califica Diego de Villatoro, agente del Consulado de Sevilla en Madrid.

El capítulo final rastrea la acogida del *Norte de la Contratación* desde el mismo momento en que salió de imprenta hasta hoy. Distingue José Manuel Díaz Blanco dos etapas: un «ciclo original», que comprendería desde las reacciones estrictamente coetáneas hasta finales del siglo XVIII, cuando Rafael Antúnez publica sus *Memorias históricas* (1797); y, avanzando el tiempo, otra fase denominada por nuestro autor como «tradición veitiana» (*passim*), es decir, la influencia firme que ejerció Veitia Linaje y su *Norte* en los historiadores profesionales de la Carrera de Indias durante la primera mitad

del siglo XX. Por su parte, tanto el siglo XIX como la segunda mitad del XX y las primeras dos décadas del XXI vieron, si no un olvido, al menos una evidente pérdida de influencia: no por falta de virtudes —nunca nadie se las negó— sino porque se consideraron poco necesarias para cumplir con los afanes historiográficos. Que fue el *Norte de la Contratación* un libro bien recibido, se demuestra por su presencia en numerosas bibliotecas de la época, tanto las vinculadas a instituciones conventuales como en las colecciones privadas de nobles, canónigos, funcionarios y mercaderes de postín. Se empleó en la resolución de pleitos judiciales, en discusiones doctrinales, políticas, hacendísticas. Autores como Diego Ortiz de Zúñiga, en los *Anales eclesiásticos y seculares* (1677), o más tarde, Jerónimo de Ustáriz, en su *Teoría y práctica de comercio y marina* (1737), se sirvieron de las bondades de la obra. Circuló por varios países de Europa; Lenglet de Frenoy lo cita en su *Méthode pour étudier l'histoire* (1772), y se conocen tres ediciones (1702, 1711 y 1720) de una versión inglesa, adaptada al público británico, que tradujo el capitán John Stevens bajo los auspicios del mercader y político William Hodges, afincado en Cádiz entre 1680 y 1700.

Cuando a principios del siglo XX se inaugura la historia académica de la Carrera de Indias, no existen trabajos previos que sirvan de apoyo a los estudiosos. Las primeras consultas serias al Archivo General de Indias debían afrontarse sin ningún cimiento bibliográfico que asentasen los pasos de estos historiadores pioneros. El *Norte de la Contratación* de Veitia va a ser quien los oriente, pero, al mismo tiempo, quien los condicione en su visión de la Carrera. Ocurre, a veces, que no proporciona lo que el investigador desea, como le sucede al catedrático de Hacienda Pública don José Manuel Piernas Huerta (1843-1911). En su breve trabajo *La Casa de la Contratación de las Indias* (Madrid, 1907) rompe con la historia «historizante» del XIX y pretende acercarse a los efectos económicos de la empresa indiana sobre España. Pero descubre en Sevilla el valor de la Casa y, tras ella, brota enseguida la solidez del *Norte de la Contratación*: obra «utilísima para saber cuál era la organización de aquel famoso Establecimiento [sic]» (p. 317), dice. Quien de verdad se rinde a los encantos del *Norte* de Veitia es Clarence Henry Haring (1885-1960), cuyo *Comercio y navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgo* (1918) continúa siendo uno de los pilares historiográficos en que se

sustenta el estudio de la Carrera de Indias. Reconoce que se abrazó a Veitia por influencia de Piernas Hurtado y considera que el *Norte* es «obra extraordinaria que en todos sentidos constituye una “fuente”» (p. 319). Que se concentre en los fondos archivísticos de la Contratación y deje de lado los del Consejo de Indias, probablemente sea uno de los efectos de la lectura profunda de Veitia; incluso la estructura de su trabajo —bien representada en el título: *comercio y contratación*— viene a ser un paralelo de lo que había procurado Veitia dos siglos antes. Para Díaz Blanco, la monografía de Haring «sería una versión moderna del *Norte*, con un mismo espíritu, pero confeccionada con criterios y métodos más adecuados a comienzos del siglo XX» (p. 319). Buen amigo de Haring fue Earl Jefferson Hamilton (1899-1989). En su persona se consolida y expande esta «tradición veitiana» de la que nos habla José Manuel Díaz. Su obra más conocida, *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650* (Cambridge, Mass., 1934), es muy deudora de la de Haring y, en consecuencia, también del *Norte* de Veitia. No solo trufa sus notas al pie con referencias veitianas; más allá de los datos, se busca la técnica y, fundamentalmente, las fuentes que más aprovecharon a Veitia: la correspondencia de la Casa de la Contratación al Consejo de Indias, auténtica veta para obtener los datos de llegada de metales preciosos americanos, «correspondencia que constituye, por cierto, la fuente más manejable, y posiblemente más digna de crédito, de todas las disponibles», afirma Hamilton.<sup>4</sup> Pierre Chaunu va a significar algo así como el punto de inflexión de esta tradición veitiana que dominó la primera mitad del siglo XX. Su obra ciclópea, *Seville et l'Atlantique* (1955-1959, ocho tomos en once volúmenes), señala el inicio de un agotamiento progresivo en este furor veitiano. Atento lector de Haring, Chaunu no solo aduce las informaciones que proporciona el *Norte de la Contratación*; le reconoce incluso a Veitia una «immense dette» (p. 331)..., y, sin embargo, prefiere las *Memorias* de Antúnez. Le otorga importancia a la correspondencia de Casa de la Contratación, pero su fuente prioritaria fueron los registros de navíos, de

---

<sup>4</sup> Earl J. Hamilton, *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*. Barcelona: Editorial Ariel, 1975, p. 24, n. 5.

acuerdo a su concepto de una historia serial.<sup>5</sup> Como alumno aventajado de Braudel, su geografía atlántica de la Carrera de Indias<sup>6</sup> trasciende el sevillanismo de Veitia y, ya solo por esta amplitud de horizontes, estamos ante una ruptura —así sea leve— con la «tradición veitiana» que, según José Manuel Díaz Blanco, se habría cifrado en lo siguiente (pp. 334-335): 1), el empleo del *Norte de la Contratación* como guía de investigación el Archivo de Indias, así como para la aclaración de conceptos relacionados con la Carrera; y 2), la reproducción de un modelo de estudio de la ruta marítimo-mercantil donde se concede prevalencia a los acontecimientos españoles, antes que a los americanos; un notable andalucismo, que destaca el peso de Sevilla o Cádiz frente al que ejerció la corte madrileña; y un protagonismo, quizá excesivo, de la Casa de la Contratación sobre el de otras instituciones como el Consejo de Indias o el Consulado de cargadores a Indias.

Si algo caracteriza la obra de Díaz Blanco es la atención que presta a los matices. En la primera mitad del siglo XX, no todos los estudiosos que rondaron la vinculación entre España y sus Indias fueron adictos a Veitia, bien porque no les resultase ineludible para sus fines, como fue el caso de Albert Girard, ya sea porque concedieron más importancia a Madrid, a la Corte, al Consejo de Indias, como le sucedió a Schäfer. Este alejamiento de Veitia no significa su desdén: útil siempre como suministrador de informaciones, solo va enfriándose su valor hermenéutico. Así, sucede que el historiador de la Carrera de Indias que centra su estudio en la época de Veitia, Lutgardo García Fuentes (1941-2009), por influencia de Schäfer presta más importancia al Consejo de Indias y al Consulado que a la Casa, de la que no tiene buena opinión para la segunda mitad del siglo XVII. Otro paso viene a marcarlo Oliva Melgar, quien considera que a partir del segundo tercio del Seiscientos el Consulado sevillano tiene más vigor institucional y operativo que la Casa de la Contratación. En la orilla americana —tan

---

<sup>5</sup> Su concepción de historia serial, frente a la cuantitativa de Jean Marczewski, por ejemplo, está bien explicado en Pierre Chaunu, *Historia cuantitativa, historia serial*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987, especialmente en pp. 28-39.

<sup>6</sup> El tomo VIII-1, dedicado a las «structures», se constituye en una auténtica geografía histórica del Atlántico medio. Para un acceso fácil a las páginas más bellas del libro, consúltese la traducción de Rafael Sánchez Mantero a la síntesis que realizó el propio Chaunu (Pierre Chaunu, *Sevilla y América, siglos XVI y XVII*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1983). Los fundamentos de esta «geohistoria» se justifican en Chaunu, *Historia cuantitativa, historia serial*, pp. 40-49.

olvidada por Veitia—, Guillermina del Valle y Margarita Suárez resaltan el protagonismo de los mercaderes novohispanos y peruanos en la Carrera, demasiadas veces reducidos a segundones entre otros estudiosos de la ruta trasatlántica. Veitia casi se ha disuelto, su obra resulta poco esclarecedora, casi ni sus datos desnudos importan para tejer el discurso. El único que continuó confiando en él, hasta el final de sus días en 2007, fue Antonio García-Baquero, historiador ecléctico que nunca temió una historia grande. La disolución parece completarse en los trabajos de la denominada «historia global», excelentes representantes de la cual bien pueden ser los trabajos que Dennis O. Flynn y Arturo Giráldez dedican a la «Primera Globalización», al papel del Pacífico y de China en ella. La plata continúa en el centro del problema historiográfico, pero a diferencia de lo que pensaba Hamilton, ahora ni el Atlántico, ni Sevilla, ni Veitia constituyen una necesidad. Quizá este libro de José Manuel Díaz Blanco resitúe al *Norte de la Contratación* en el lugar predominante que se merece. Mientras tanto, de cada página aprendemos y nos aprovechamos de un modo de hacer historia que no hace concesiones a las modas, los presentismos ni al *pane lucrando*.

*Sergio M. Rodríguez Lorenzo*

**Centro de Estudios Montañeses (Santander)**

**ORCID: 0000-0002-2479-6539**